



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



Inmaculada Concepción

Solemnidad

8-XII-2007

Textos:

Gen.: 3, 9-15. 20.

Ef.: 1, 3-6. 11-12.

Lc.: 1, 26-38.

“No temáis, María, porque Dios te ha favorecido” (Lc. 1, 30).

Queridos hermanos, nos hemos reunido para celebrar la solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, patrona de la parroquia y del partido de Esteban Echeverría, y lo hacemos con un corazón de hijos felices y agradecidos a esta mujer que por su “Fiat” nos dio al que nos abrió las puertas de la vida para siempre, en Él fuimos bendecidos y predestinados a ser hijos adoptivos de Dios, como san Pablo nos enseña en la segunda lectura.

Este año hemos elegido como lema de esta solemnidad: “María, Madre de la Iglesia, contempla y acompaña el nacimiento de una nueva Parroquia: Nuestra Señora de Lourdes”; así expresamos un gozoso acontecimiento, el nacimiento de una parroquia en el marco del Jubileo Diocesano.

Es un gran consuelo celebrar esta fiesta de María Inmaculada, “que a la resbaladiza degradación permisiva de las costumbres opone la serena, la resolutiva energía de la conciencia de la dignidad personal y comunitaria del hombre regenerado por el bautismo y por la pertenencia a la «sociedad de los santos», que es la Iglesia, la cual se siente representada y sostenida por la humilde y gran Mujer del Magnificat” (Pablo VI, 8-XII-1976).

“María -decía san Ambrosio- es tipo, es ejemplo para la Iglesia y para cada ser humano”. De esta verdad, la conciencia cristiana se percató muy pronto, y la proclamó a lo largo de los siglos de mil maneras: María es la “figura ideal de la Iglesia” (Himno, s. XIII).

En el Antiguo Testamento se anunciaba proféticamente a la Iglesia, estos anuncios reciben una nueva aplicación en la persona de la Virgen María, de la cual la Iglesia viene a ser una suerte de figura (Cof. H. de Lubac, “Meditación sobre la Iglesia”), esto llevó a san Ambrosio a exclamar: “¡Qué bellas son las cosas que, bajo la figura de la Iglesia, han sido profetizadas de María!”. Por otro lado, lo que el Evangelio refiere de la Virgen, prefigura la naturaleza y los destinos de la Iglesia (Cof. Id.). Hermanos, en cada momento de su existencia, María habla y obra en nombre de la Iglesia.

Desde los primeros tiempos los cristianos unieron la maternidad de la Virgen a la maternidad de la Iglesia y afirmaban: “Aquel a quien la Virgen dio a luz, también lo da todos los días la Iglesia”, y la liturgia mozaraba afirmaba que “la una ha dado la salud a los pueblos, la otra da los pueblos al Salvador. La una ha llevado la Vida en su seno, la otra la lleva en la fuente del sacramento”.

De esta manera, “al contemplar la maternidad de María, la Iglesia descubre el sentido de su propia maternidad y el modo con que está llamada a manifestarla” (EV. 102).

Hermanos, muchos son los testimonios de este paralelismo entre la maternidad de María y la maternidad de la Iglesia; como queda expresado en una inscripción del bautisterio de san Juan de Letrán; donde se afirma que “en esta fuente la Iglesia, nuestra madre, da a luz de su seno virginal los hijos que ella ha concebido por el sople de Dios”; haciendo alusión a la maternidad virginal de María.

Si el Génesis llama a Eva “madre de los vivientes”, con mayor propiedad debemos llamar a María Inmaculada, Madre de los vivientes, por ser Ella la madre del que es Vida de la humanidad, Cristo el Señor.

La Virgen Inmaculada es figura de la Iglesia, y en Ella encontramos el modelo a imitar por su fe siempre integra, su esperanza firme y su amor sincero.

Hermanos, las palabras del Ángel a María: “El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra”; bien lo podemos aplicar a la Iglesia, pues el mismo san Juan afirma que “el Espíritu de la Verdad permanecerá entre ustedes” (Jn. 14, 16), y que por la fuerza del Espíritu que descenderá sobre nosotros seremos testigos de Jesús (Hch. 1, 8). Esta verdad es la que lleva a san Cesáreo de Arlés a exclamar: “¡Regocíjese en este día la Iglesia de Cristo, la cual, a semejanza de la Bienaventurada María, se siente enriquecida por obra del Espíritu Santo y se hace madre de una progenitura divina”; para luego proponernos: “comparemos, si os parece, a estas dos madres, cuya maternidad fortalecerá nuestra fe... el Espíritu cubrió con su sombra a María, y su bendición hace lo mismo con la Iglesia en la fuente bautismal. María concibió a su hijo sin pecado, y la Iglesia destruye todos los pecados en aquellos a quienes regenera. La primera ha dado a luz para muchos pueblos, la segunda da a luz a estos pueblos. La una, permaneciendo virgen, nos ha dado a su Hijo; la otra, por este Hijo, (...) no cesa de dar a luz...”.

Hermanos, en un tiempo en que la vida parece haber perdido valor y la cultura de la muerte se instaló entre nosotros, dirijamos la mirada a María, “madre de aquella Vida por la que todos viven” (EV. 103); y “al contemplar la maternidad de María, la Iglesia descubre el sentido de su propia maternidad y el modo con que está llamada a manifestarla” (Id.).

Hermanos, la maternidad espiritual de la Iglesia, como la de María a la que se le anunció que una espada atravesaría su corazón (cfr. Lc. 2, 35), sólo se realiza en medio de “los dolores de dar a luz” (Ap. 12, 2); pero también, como a María, a la Iglesia se le dirigen las palabras que el Ángel dirigió a la Virgen: “no temas” Iglesia de Cristo, no temas porque Dios te sostiene con Su Espíritu en tus trabajos, dificultades y persecuciones.

También María es modelo de la Iglesia por ser la discípula más perfecta del Señor, y por ser la gran misionera, es continuadora de la misión de su Hijo y formadora de discípulos y misioneros (Cfr., Aparecida 266 y 268).

La Iglesia como madre engendra hijos al “comunicarnos la riqueza de vida y la gracia de la que es depositaria, nos engendra por el bautismo, nos alimenta con los sacramentos y la Palabra de Dios y nos prepara para la misión (Juan Pablo II. Puebla, 28-I-1979).

Hermanos, a la Iglesia que es nuestra madre, debemos respetarla, servirla y amarla, porque “no puede tener a Dios por Padre quien no tiene a la Iglesia por Madre” (San Cipriano).

Por todo lo que dijimos, es una gran alegría al ver como el rostro de la Madre Iglesia se multiplica en el nacimiento de una nueva parroquia, en la comunidad de Ntra. Sra. de Lourdes, y a ustedes miembros de la nueva parroquia que deben acompañar y trabajar para que la nueva parroquia sea presencia viva de Jesús entre los hombres, para que “a Cristo vivo responda una Iglesia viva” (Pablo VI) y sabiendo que lo económico ocupa un lugar importante por los desafíos de hacer un nuevo templo, les

pido que no se preocupen más de lo necesario, Dios es providente y la Iglesia de piedras vivas no se edifica con dinero sino con fe, fidelidad, confianza y amor en Jesús el Señor.

No querría finalizar sin recordar que hoy también celebramos un nuevo aniversario de la finalización del Concilio Vaticano II; pidamos al Señor que podamos reconocer en este gran acontecimiento “la brújula segura”, “el camino cierto y el estímulo constante en orden a caminar por las sendas de la vida y de la historia” (Juan Pablo II. Mensaje a la Iglesia y al Mundo, 17-X-1978).

Hermanos, la Iglesia en Aparecida nos recuerda nuestra vocación de discípulos y misioneros, que “María Santísima, la Virgen pura y sin mancha sea para nosotros escuela de fe destinada a guiarnos y fortalecernos en el camino que lleva al encuentro con el Creador del cielo y de la tierra” (Aparecida 270).

Por último, el Papa nos exhorta a que procuremos acoger y guardar dentro del corazón las luces que la Virgen Inmaculada, por mandato divino, nos envía desde lo alto (Conf. Benedicto XVI, disc. Aparecida, 12-V-2007).

Que el buen Dios a todos consuela, bendiga y colme con Su alegría.

Amén.

G. in D.